

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

# José Restrepo Jaramillo y la experiencia de la modernidad en los cuentos de 1922.

Londoño Mesa, Andrés Felipe.

Cita:

Londoño Mesa, Andrés Felipe (2010). *José Restrepo Jaramillo y la experiencia de la modernidad en los cuentos de 1922*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/734>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/k3f>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

Andrés Felipe Londoño Mesa

UNSAM – IDAES

zetalunar2000@gmail.com

## **José Restrepo Jaramillo y**

### **la experiencia de la modernidad en los cuentos de 1922**

#### RESUMEN

A principios del siglo veinte, Medellín (Colombia) estaba dejando de ser una población caracterizada por formas sociales no urbanas y comenzando a presentar otras propias de la vida de las ciudades. Este proceso modificó los múltiples vínculos existentes entre las formas culturales y la sociedad y desembocó en la aparición, durante la década de los años veinte, de escritores, pintores, músicos y fotógrafos que registraron las transformaciones de la experiencia cotidiana. El siguiente trabajo hace uso de las teorías sociales y de la cultura de Georg Simmel, los formalistas rusos y Henri Bergson para tratar de dar cuenta de la manera en que un escritor de la época, José Restrepo, capturó, simultáneamente, la coexistencia en Medellín de formas sociales no urbanas, formas urbanas y el proceso que llevó de las primeras a las últimas.

\*

Aunque el análisis que se realiza aquí se centra en de tres cuentos escritos por José Restrepo Jaramillo, conviene hacer una pequeña presentación del autor. Nació en Jericó Antioquia el 30 de Diciembre de 1896 y murió en Medellín en 1945. Diplomático y escritor. A pesar de ser señalado como el creador de la novela y el cuento psicológico en Colombia, es un escritor que se encuentra para el público en general en el olvido. *Pepino, El empleado público e Hijos del Dolor* fueron tres cuentos escritos cuando el autor tenía 26 años; el primero publicado en una revista de Barranquilla “Camino” y los otros dos en la revista “Sábado” de Medellín, pero allí se quedaron, no forman parte de las antologías que le realizaron, una en la década de los 70’s y otra a principios de los años 80’s del pasado siglo.

Sirviéndose de algunos elementos metodológicos del formalismo ruso, como el carácter estético de la obra donde el principio de la sensación es lo que permite sentir la forma gracias al *Artificio*, procedimiento que dispone y elabora el material con el fin de destruir el automatismo perceptivo y prolongar la duración de la percepción, permitiendo así que los objetos sensibles sean recibidos y organizados e interpretados de una manera diferente a la habitual. La forma pierde su carácter superficial de simple envoltorio de un contenido y pasa a ser una parte fundamental para el análisis, pero ya no en sentido literario sino socio-histórico en este modo de hacer sociología de la literatura, sin embargo es necesario revertir el *Artificio* intentar hacer conscientes las partes del textos en que está presente éste, haciendo aparecer la experiencia vital de la que surgió. Para esto es necesario un incremento de energía o esfuerzo para romper con la percepción cotidiana con que se media en la vida, romper con el sentido común, ese instrumento práctico que ahorra esfuerzos, ya que los hábitos de un pensamiento dormido en el lenguaje solo facilitan la acción útil pero dificultan el proceso de interpretación del objeto de estudio, la intuición directa del fenómeno queda ahogada por una figuración simbólica que la recubre acabando por sustituirla.

Cuando una obra artística es creada, el esfuerzo requerido para ello desborda el gasto de energía habitual que se requiere para mediar con la materia, este esfuerzo permite elevar al individuo por encima de sí mismo. El lenguaje aunque organizado en su practicidad, también es un estímulo del pensar, facilitando e intensificando la actividad intuitiva. Esto no quiere decir que la palabra influya sobre lo cualitativo e interno del pensar, sino que es un mecanismo exterior que permite y posibilita destacar, aclarar y amplificar la percepción. La palabra asume en este sentido un carácter de expresión original y creadora. Expresión verbal que traduce fielmente el fluir del pensamiento, sin embargo escondida bajo lo conceptual y convencionalizado. Se permite así diferenciar los elementos que constituyen el material de la forma: la trama, la elección del tema, de los personajes, de las ideas; también establecer la unidad de tal o cual procedimiento constructivo sobre materiales diferentes; de esta manera, la forma y el contenido son una unidad dinámica, donde sus elementos no están vinculados por un signo de igualdad o adicción, sino por un signo de correlación y de integración. De esta manera la obra literaria guía al lector por el camino marcado por el escritor, percibiendo una visión directa de la realidad. El escritor obliga al lector a vencer el muro de los símbolos, el cuadro inmóvil de ideas materializadas en el lenguaje común, nacidas de la actividad práctica, que separan y vuelven rígidas e impenetrables las cosas materiales; permitiendo sentir la viva presencia del dato original. Se logra superar así la función primitiva –social y práctica- del

lenguaje. Sin embargo no se puede desconocer que el lenguaje común también lleva dentro de sí un mínimo de intuición. Mínima intuición que le permite al artista transformar la existencia cotidiana enlazando los conceptos inmóviles, en una continuidad de sentido, la singularidad de las cosas pierde su distinción práctica, percibiéndose en ella, su viva originalidad en formas. El lenguaje literario entonces no transmite visiones hechas, sino que, dispone de la materia de manera tal que el lector pueda percibir por su propia cuenta. Es por esto que el artista más que expresar, sugiere.

Sintetizando. Con los principios básicos de una materia concreta y de sus particularidades específicas (la literatura) desde los formalistas rusos, se trabajarán los tres cuentos (*Pepino, El empleado público e Hijos del dolor*) en su inmanencia misma, no habrá una teoría dominante; en la investigación se dará una interpretación particular en cada caso para dar cuenta de los problemas y conflictos que se dan con el ascenso social, cómo se hace evidente y se expresa la experiencia urbana y cómo los modos de vida urbana en constante tensión con los modos de vida no urbanos se impone sobre éstos en el Medellín de principios del siglo veinte, aunque pareciera que perduraran los segundos y fueran una continuidad hasta nuestros días. Como los estudios de los formalistas no son un estudio de la sociedad, pero que ésta puede aparecer en un segundo plano, es necesario desarrollar ciertos elementos de ellos en otra dirección, permitiendo enriquecer el análisis en el ámbito sociológico, intentando hacer aparecer una visión del mundo en el Medellín de esa época. También hay que tener presente la historia aunque el contenido de los estudios históricos queda supeditado a las características formales del cuento.

Los cuentos estarán anexos al final y se han transcrito sin ninguna modificación.

### **SOBRE ALGUNOS TEMAS EN RESTREPO JARAMILLO**

La electricidad, energía dirigida y controlada para la mayor producción de la máquina a la cual el ejército de obreros se incorpora como ruedas del engranaje produciendo una y otra vez lo mismo. Objetos y personas se vuelven mercancía, los cambios constantes de medios siempre apuntan a un mismo fin, donde la consecuencia última es la rutina. Hay movimiento pero no cambio, la razón instrumental se despliega en la frialdad apoderándose de adentro hacia fuera de la realidad. José Restrepo Jaramillo deja claro esto en *El empleado público*. Sin embargo, los desarrollos que el hombre lleva con la electricidad con unas metas claras, como en su manifestación luminiscente, desconoce otros fines a los que con ésta puede llegar. Las noches de la ciudad ya son otras. En ella, la experiencia perceptiva del individuo es

alterada; las cosas y ellos resplandecen y proyectan sombras; la ilusión muerta en el día, renace luminiscente al caer el Sol. El mundo nocturno alumbrado por la Luna, las velas y las lámparas de petróleo es cancelado por las lámparas eléctricas y los bombillos; aunque aquéllas continúan existiendo: ya no hay marcha atrás. Una de las primeras fábricas de Medellín, la de fósforos, pierde gradualmente mercado en la ciudad. Nuevas formas de experiencia surgen en la noche; pequeñas lunas eléctricas irradian su particular luz, tiempo después los avances técnicos reemplazan éstas lunas por pequeños soles eléctricos, aunque también imperfectos, modos de vida artificiales aparecen en los bares, en la calle y en las casas, el tiempo de vigilia se prolonga pero cambia. En un pasaje de *Ligia Cruz* de Tomás Carrasquilla se hace referencia a la vida nocturna del espacio interior de cierta clase: la casa burguesa, la nueva rutina en ella y también en sus fiestas. Silvestre, el padrino de Ligia, luego de tomar el té con su esposa en el cuarto de ella, “regresa a su despacho a fumar “el gorro de dormir”. No ha dado dos chupadas cuando entra Mario.” Su hijo quien le habla asombrado al verle despierto, pero éste le responde que aún no son las diez de la noche, luego se quedan hablando un rato sobre el destino que le depara a Ligia.<sup>1</sup>

La vida está cambiando, los temperamentos y las relaciones con el otro se alteran de sobremanera en la noche, los modos de vida tradicionales ya erosionados que intentan conservarse en el día, no se corresponden con los procesos de transformación de la ciudad. Sin embargo la influencia que éstos ejercen sobre la vida social se hace más evidente cuando cae el Sol, la vida nocturna de la ciudad es más intensa que su vida diurna. La vida se desenvuelve ahora al ritmo de la máquina, del automóvil.

« A las siete la esquina se animaba extraordinariamente. Los fieles mantenedores de *la noche del sábado* comenzaban a officiar en el templo báquico. Los vehículos se atropellaban ante las puertas, que, derramaban luz en profusión y engullían aristocracia y más aristocracia. Los autos se renovaban sin cesar, trayendo gente que luego se llevaban entre gritos y canciones. El licor expandía su cálido y bullidor espíritu por los cerebros ganosos de parranda. El alma burbujeante y errabunda del champaña prendía hogueras incontenibles en el alma humana.»

El tedio de la vida moderna, los individuos enclaustrados en el automatismo de la vida diurna de la fábrica, la oficina o el almacén, terminan la jornada, sus rostros fatigados cambian de semblante en algunos, deseando nuevas experiencias inimaginables durante el día debido al

---

<sup>1</sup> Carrasquilla, Tomás. *Ligia Cruz*. Medellín. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana. 1995. (Primera edición 1926)

trabajo y su ritmo. La noche las posibilita, algunos individuos encuentran regocijo en el licor y en la fiesta. Para los habitantes de la ciudad, el cambio de día a noche transforma la manera que tienen de relacionarse entre sí, más no en Pepino, que vive en la ciudad pero no es de ella. Su modo de vida no es urbano, para él las transformaciones del espacio no alteran su manera de concebir el mundo, su trabajo continua igual, su fin, como él lo hace explícito, es guardar el dinero obtenido lustrando zapatos y luego volver a su pueblo donde su madre y sus hermanos, para gastarlo con sus conocidos: Pepino se resiste al cambio.

En el mundo de la mercancía, la objetivación de la vida moderna lleva al individuo a la alienación, girando en la espiral del consumo pierde su personalidad, pero falsamente se reconforta con la “individualidad” y “autenticidad” que le ofrecen los objetos culturales, el reloj de mano o de bolsillo, el monedero, las clases de licores, de cigarrillos, de ropa que consume y lo consumen, pero que finalmente lo uniforma y trivializa.

Los zapatos juegan de esta manera un papel importante en la ciudad, son un índice de la dinámica económica, que permite ante el aumento de éstos, un nuevo tipo de trabajo: el lustrabotas, un invisible más que camina por las calles, pero no al azar, ni desprevenido, su caminar tiene un fin claro, se dirige hacia los cafés, los parques y los bares, lugares apropiados para ejercer su oficio y ganar dinero. Nadie sabe de él, tal vez solo su apodo; la ciudad le ofrece innumerables zapatos que lustrar.

Pepino sigue su rutina hasta la última noche que le queda en la ciudad. De un momento a otro cambia de parecer, le dice a su cliente preferido cuando éste va saliendo del bar, donde accidentalmente se encuentran, que lo lleve a los otros bares a donde él irá con sus compañeros para continuar la diversión, buscando hacer reaccionar sus nervios anestesiados por la velocidad en los cambios e impresiones a los que se encuentra expuesto constantemente, pero que son sometidos a la rutina en la que está inmerso junto con sus amigos. Pepino cree que su cliente acepta su propuesta porque lo aprecia, porque es su semejante, sin percatarse de que el Niño Luis lo hace como una excentricidad, para intentar romper su tedio, su indolencia, para hacer más divertida la noche “Para darle más prestigio a la parranda”. Pepino es su payaso, el pobre ni percibe que mientras Luis y sus amigos beben champaña, a él le sirven aguardiente y disfrutan de su actuación ridícula mientras él los intenta imitar.

La velocidad influye en el ritmo de la vida, la percepción cambia, se es demasiado lento o demasiado rápido. La forma de percibir el mundo cuando se camina es muy diferente que

cuando se va en carro. Las cosas, cuando son percibidas a cierta velocidad cambian el ritmo de la vida interior del individuo, la ciudad moderna se estructura una y otra vez al *tempo* de las máquinas, del tranvía, del tren y del carro, incluso si no se está ya en ellos y se está caminando. El mundo exterior objetivo se interioriza, todo es fugaz, transitorio, contingente, las relaciones con el otro son fragmentadas, se depende cada vez de más personas para la satisfacción de las necesidades. Ésta dependencia, está limitada a aspectos muy específicos y objetivos; el mundo exterior se convierte en un mundo interior. Esta interiorización de la velocidad de la máquina se vuelve algo necesario en la ciudad, donde la multiplicidad de individuos en constante interacción rápida ya no les permite un contacto de personalidades completas. El modo de vida no urbano se relaciona directamente con el caminar antes de la máquina de tracción no animal. Pepino viene de un pueblo donde todos se conocen, la tensión que vive en la ciudad, intenta mediarla con su trabajo, donde en algunos lugares de labor reconoce clientes repetitivos y los vuelve familiares a su mundo, cree alcanzar una intimidad con ellos, por esa misma frecuencia en que los atiende. Producto del alcohol que bebe en todas las cantinas a las que ha sido llevado, Pepino se encuentra fuera de sí; se siente entre amigos y contando con dinero, también quiere expresar su igualdad ante ellos de forma sensible.

« Cantinero: ¡yo también tengo plata, mucha plata!... Sírvanos un trago, que yo también puedo pagar...

(Los billetes y las monedas salían de aquellos bolsillos profundos y grasosos).

-Yo también puedo ser cachaco... ¡Sirva paz todos!...»

Pero la realidad de la vida urbana es otra, el habitante de la ciudad con ese mecanismo de defensa para conservarse y diferenciarse acerca del cual escribe Simmel, reacciona pero no desde su sentimiento, sino a través del entendimiento, desde la pura objetividad. Una de las características de la modernidad es la indolencia, donde un contacto cercano puede expresarse en odio y en lucha. El habitante de la ciudad por excelencia se pronuncia en voz alta al respecto: «-A estos miserables- dijo Luís a sus compañeros- no se les puede dar la mano, porque se toman el pie. ¡Mírenlo de anfitrión! ¡Tendría gracia que nos emborracháramos a costillas de un infeliz embolador!... ¡Valiente ralea ésta!...»

El gusto por el alcohol en el Medellín de principios del Siglo XX, se encuentra ampliamente extendido, se vuelve una preocupación para las ciencias objetivas, como la moral, la religión

y los mecanismos de control. El licor se ve con malos ojos, un mal que pende sobre las cabezas de: artesanos, sastres, albañiles, obreros y pequeños comerciantes; la fuerza de trabajo se encuentra amenazada por un mal que atenta el desarrollo capitalista de la ciudad. Si se mira bien, es un tipo de alcohol el que está mal visto, el de las clases menos estables que representan el mayor número de la población. Cuando se habla de este mal, se hace referencia al aguardiente, la tapetuza, el ron de Jamaica, el anisado sabanero y la cerveza, que para la época no es de buena calidad y lo que se fermenta no es cebada sino maíz. Lisandro Ochoa dice al respecto: “Así se enseñó a beber cerveza a los antioqueños, aunque lo que aprendieron entonces fue a tomar “chicha”. A lo que podemos replicarle que hoy en día, la mayoría de cervezas nacionales lo que se bebe es fermento de repollo. Pero el brandy, el champaña y el vino son otra cosa, son la bebida de los señores y éstas bebidas evidencian otros espacios sociales que supuestamente no alteran el orden social. Contextos sociales diferentes se apilan en un mismo plano físico, tal es el caso de Pepino y sus clientes, creando una forma de socialización en conflicto.

El alcohol mal visto, es íntimamente relacionado con enfermedades venéreas, locura y todos los males sociales que se puedan imaginar, producto en última instancia de la pobre cultura de la masa que debe ser cultivada. Para ello surge La Sociedad de Temperancia, la cual es objeto de burla y bromas por parte de los grupos de individuos como los *Mafiosos*<sup>2</sup>; la producción en aumento de artículos en revistas, periódicos y cartillas mostrando las consecuencias del mal; además de la incorporación de este discurso en las escuelas y las iglesias, está la ideología de la mano con la interiorización de los imperativos instrumental-rationales. Por ejemplo, lo que se dice cuando se funda *la Escuela de Artes y Oficios*: “La clase pobre y desvalida de la sociedad no puede consagrarse a los estudios literarios y científicos, y necesita que en lugar de teorías luminosas se le enseñen reglas y preceptos de segura subsistencia. De otra manera continuará sumida en la ignorancia y la miseria, fuentes fecundas del vicio y desórdenes sin cuento... Las artes representan la ciencia y la inteligencia puestas en acción”.<sup>3</sup>

Pero el “*Narrador investigador*” que es fundamental en los tres cuentos, con su observación aguda y crítica de las acciones de quienes él sigue, en este caso Pepino, el Niño Luis y sus amigos. Su forma de relacionarse con los clientes que considera sus amigos es característica

---

<sup>2</sup> Acerca de *Los Mafiosos* ver específicamente las obras de: Lisandro Ochoa y Catalina Reyes citadas en la bibliografía.

<sup>3</sup> Bravo Betancur, José María. Medellín, análisis sobre su proceso histórico y desarrollo urbanístico. Pág. 72.

en las comunidades donde todos se conocen y los vínculos se conforman a partir de un tipo de sensibilidad que ya no es viable en la ciudad.

El comentario calculado de Luis, lleva a que Pepino pierda el control de sus pasiones.

« -¿Miserable yo?- prorrumpió al fin, con un grito de cachorro que siente despertar su potencia destructora. -¿Infeliz embolador yo? ¡Ojalá tuvieran un alma como la mía!... Cantinero: déles diez tragos a estos señores, pa pagarles los que ellos me dieron. No quiero beber [sic] nada a estos cachacos hi... (¡Algo muy antioqueño!)»

Luego, con la misma claridad desenmascara la diferencia de clase del cual presumen los otros con los que está el lustrabotas, la de élite del Niño Luis y sus compañeros y su chofer.

“Los tres jueguistas y el sirviente sofocaron la indignación de Pepino y lo plantaron en la mitad de la calle, después de arrojarle cuantas bajezas inspiran el orgullo y el alcohol...”

Tanto el chofer, como su patrón y sus amigos quedan en el mismo plano social que él. Pero inmediatamente, objetivamente, se distancian, regresan a la cantina y beben ahora brandy y se olvidan de lo inmediatamente ocurrido. Luego salen para continuar su recorrido de aventura en el automóvil.

Un caso semejante se presenta en *Hijos del dolor*, cuando Lolo decide continuar su rutina para intentar olvidar su dolor. El juego con su hermano en los días de trabajo, le brindaba esperanza y alegría, el juego borraba los ratos de tedio en su monótono trabajo.

“¡Cómo iba a silbar y a gritar sino [sic] tenía aliento para ello; si a duras penas lograba sostener la caja y poner en movimiento su liviana figura, ese cuerpo hecho de goma, enseñado a trepar por los postes, a agarrarse de un auto en carrera, y a esquivar las embestidas de los coches en la Cantina de los Moras! ¡Con qué fuerzas iba a pegar el brinco para desgajar el colchón de avisos que abrumaban el tablero! Para esto se necesitaba un alma íntegra y retozona como había sido la suya; y ahora, cuando más, tendría algún pingajo muerto, un pedacito de alma triste; porque la chillona y saltarina se había quedado allá arriba, en el cementerio de San Lorenzo, acurrucada en la cajita blanca donde yacía *Chichi*.”

Decide salir de su casa, acompañado de sus herramientas de trabajo, pero sigue tan perturbado con su tristeza que no realiza bien su labor y “En uno de estos momentos de dolorosa concentración, el elegante revisa la labor, mira con mayor detenimiento, y a la vez que truena en su verdadero lenguaje: - ¡cochino! ¿No ves que te estás tirando el calzado con esa

glicerola negra?- descarga la punta de la bota sobre la cara del infeliz atolondrado, y se levanta rápido en busca de alguien que enderece el entuerto.”

Su lenguaje no sólo es verbal, sino corporal. El habitante de la ciudad iguala todo, Lolo le ha dañado sus zapatos, una patada en el rostro del limpiabotas equivale al costo del daño acaecido, una justicia formal con una dureza despiadada se ejerce en el acto. La indiferencia para con las particularidades se deriva de la del principio del dinero y el intercambio, las cuales tienen lugar independientemente de las de los fenómenos.

En la vida moderna de los habitantes de la ciudad, la pérdida de su energía para afirmar la vida y la pérdida de su voluntad puede relacionarse en parte con la forma de trabajo imperante en ella. El trabajo en las pequeñas ciudades, donde la industria no existe, es diferente del trabajo en la gran ciudad; en la primera, la conexión de los momentos del trabajo es continua tal y como se hace evidente en la labor de los artesanos, mientras que en la segunda, la conexión de los momentos del trabajo es autónoma y objetivada. “El trozo en el que hay que trabajar entra en el radio de acción del obrero independientemente de la voluntad de éste; y con la misma libertad se le sustrae.”<sup>4</sup> El trabajo se vuelve impermeable a la experiencia. *El empleado público* sufre esa transformación, experimenta en su vida el paso de trabajo libre a trabajo enajenado, de un modo de vida no urbano a un modo de vida urbano. Mueren en él las antiguas formas de socialización, su vida interna se reduce. Mientras más alienado se encuentra, más lo dominan y lo aplastan los objetos que se vuelven cosas. Así como se puede caminar por la ciudad sin comienzo ni fin, el trabajo del *empleado público* se desarrolla sin término alguno, cuando él no pueda continuar será reemplazado por otro en una repetición para nunca acabar. La esperanza y ganas de trabajo que tiene éste personaje al salir de su pueblo para realizarse en “la ciudad fantástica” desaparecen con la fragmentación a la que se encuentra constantemente sometido. Cree él, inicialmente que su trabajo tiene con la vida el mismo vínculo inmediato en el pueblo como en la ciudad, mas se da cuenta de lo contrario cuando el empleo que tiene por recurso pasajero se torna único y duradero. Sus fuerzas latentes permanecen inactivas, han sido sofocadas, pero la naturaleza humana se revela. Ya no es buen empleado, se vuelve “parásito del tronco nacional”, ya “jamás perdona la copita antes del almuerzo y de comida”. Pero esto no es suficiente. “[sus] esfuerzos resultaron contraproducentes, y mientras que el alma luchaba por arrancar las alas del férreo enmallado,

---

<sup>4</sup> Marx, Karl, citado en: Benjamin, Walter. *Ensayos escogidos*. México, Ediciones Coyoacán, 2001. pág. 25.

la molicie latina era como un garfio poderoso que más y más lo clavaba contra la silla de trabajo.”

La comodidad y estabilidad del nuevo modo de vida sofocan su fuerza y su energía, al mismo tiempo que lo aísla, pero por otro lado lo asimila al nuevo mecanismo social instaurado. *El empleado público* “vive tranquilo, resignado, envuelto en una capa de pasividad y estoicismo muy semejante a la dura piel de los asnos.” Paradójicamente, la objetividad de la vida, con la dureza del dinero que todo lo iguala, le desvanece su escaso salario pagando deudas por las nuevas necesidades de su modo de vida, arriendo, medicinas, ropa, calzado, la educación de sus hijos... El *confort* y su necesidad de escape al tedio de la rutina diaria provocada por ésta, la busca en el licor; sus finanzas desequilibradas lo obligan a gastar más de lo que gana, la necesidad se vuelve un paralizante imperativo. Ahora indolente: “En las cantinas quedan muchas ocasiones los zapaticos de Lili, la graciosa colegiala, o los cuadernos y la Historia Patria de Roberto, el escolar de doce años.” Sin embargo, como el movimiento perpetuo de la máquina, el consumo debe continuar: “Los desequilibrios del presupuesto diario los arregla el bolsillo ajeno: con un *sablazo* hoy y otro mañana, va eslabonando el empleado una cadena de pequeñas deudas, a la vez que va desanillando la reducida cadena de sus pocos amigos.” Completamente alienado porque lo único que le queda para arrancarse de ésta, para auto-conservarse, es la amistad, y ésta es anulada por el triunfo de la economía monetaria.

*Lolo*, luego de la muerte de su hermano, con el que podía escapar de la rutina de su trabajo mecánico, como se dijo anteriormente, se sienta en un banco público: “Cabizbajo, pensativo, mirando a intervalos el continuo ir y venir de la gente, como con otros ojos, con unos ojos bobos y fríos que no eran los suyos.” *La indolencia*, característica en la vida de la ciudad moderna, la asimila de forma diferente. Para las clases bajas de la ciudad, la vida privada y la vida pública se encuentran indiferenciadas, y por lo tanto no son en sentido estricto. *Lolo* desea que ese dolor que experimenta por lo sucedido, lo sientan todos los que lo rodeen, pero se pregunta “¿Por qué, pues, no lloraban los que pasaban a su lado?” De esta manera se apodera de él *la indolencia* y se transforma en un valor.

“Y ahora se admiraba de encontrarse en aquel banco, como si no acabara de ver el hoyo en que cayó Chichí, como si no supiera que jamás volvería a salir con éste. Francamente era muy guapo él que no se había muerto también, que había sido capaz de aguantar todo sin perder el sentido, que había bajado desde La Ladera arrastrado quizá por la costumbre, por la miseria, por la soledad en que quedaba.”

Los estilos de vida que desarrollan los habitantes de la ciudad moderna, se dan en gran medida por la división del trabajo. A la velocidad de la máquina y su producción igualmente llegan las ciencias, la técnica, los medios de transporte, los arsenales de mercancía. La cultura de las cosas se apodera de la vida de los individuos y se hace cada vez más grande el abismo entre el hombre y los objetos, su cultura subjetiva se pierde. “El subjetivismo de la moderna individualidad, su arbitrariedad desarraigada, no es otra cosa que la expresión del hecho que esta cultura de las cosas, de las instituciones, de los pensamientos objetivos, indescriptiblemente extensa, complicada y arrebatada al individuo particular la relación interna unitaria con el todo de la cultura y remite ese todo de nuevo a *si*.”<sup>5</sup>

*El empleado público*: “Una noche se siente mal, amanece peor y por la tarde muere dejando perplejo al médico.”; “Lolo nada pudo decir; su cabeza cayó desgonzada sobre los instrumentos de labor, cual si el mundo de plomo gravitara sobre ella. Así permaneció largo rato, anonadado por la garra inmisericorde de su destino.” *Pepino* se aleja de las calles luminiscentes, la oscuridad lo absorbe, cae dormido en la calle. La máquina, ahora con luces sigue en movimiento, “reflectores poderosos” que barren las tinieblas en beneficio del conductor. Hay algo que no es sombra porque no desaparece ante la luz artificial, pero el carro continúa andando sin embargo en un momento, “la máquina jadeó desesperada, y luego prosiguió su rápida carrera, barriendo sombras con su látigo de luz, lanzando bufidos de alerta, que más bien parecían ayes desesperados...”

La destrucción de una visión del mundo se da con la muerte de *Pepino*, la imposición del mundo instrumental racional y el desarrollo del capitalismo.

“La noche, impasible, ahogó entre sus pliegues un grito sordo de dolor, y –avergonzada del Hombre- acumuló sombras piadosas sobre la cabeza despedazada de *Pepino*, que parecía increpar a los cielos con sus ojos desorbitados...”

## **Anexos**

### PEPINO

...¡Quinientos cincuenta pesos! ¿Cuándo se había visto él con aquella fabulosa cantidad? ¡Jamás! Era mucha plata. Parecía imposible que un mísero limpiabotas fuera dueño de tan gran capital. Y, sin embargo, no era mentira. Allí en el bolsillo tenía dos billetes de a cien

---

<sup>5</sup> Simmel, Georg. *El individuo y la libertad*. Barcelona, Ediciones Península, 1986.

pesos, uno de doscientos pesos y el resto en menuda. Pepino se hallaba loco de alegría aquel sábado por la tarde. Una cosquilleante felicidad hacía detener su pensamiento ya en el sucio monedero, ya en el destartalado cuarto de Guayaquil, donde guardaba ocho varas de: zarzas para el vestido de su madre, tres de linón y una muñeca para Julita, la hermana de diez años, y un pequeño guarniel para Chucho el menor.

Además, ya sabía que su madre lo esperaba el domingo siguiente. No veía la hora de comprar su tiquete de tercera para Barbosa; y de aquí, en dos momentos, iba a Donmatías. ¡Cuánto se alegraría la pobre al verlo! Cuatro años hacía que no iba a su casa; ya era muy justa la vuelta...

¿Cómo habría cambiado el pueblo?- se decía. Mi mamá debe estar muy vieja y distinta; y Julita y Chucho... Y aquel demonio de Lanillas, ese carisucio que me puso *Pepino* porque una vez dejé sin frutos la pepinera de la Escuela. ¡Valientes palmetazos me chupé aquel día! Y después, esa plana que tuve que escribir cien veces la maldita palabra, con letras tan enredadas y churumbeludas como los bejucos de esa mata. Lo malo fue que el maestro no supo que de los pepinos hice como diez cedazos para colar el café [sic]... ¡Ah!... y Tina... la hija de Chinca... Apuesto a que ya no se acuerda de mí... Ni siquiera me va a conocer... ¡Y tanto que la quería yo!... Ahí está la prueba: como en cincuenta veces le mandé saludes, y con el correo le envié media libra de confites de chocolate, y ni me dio las gracias... En fin, mañana a esta hora ya sabré todo, todo...

En la redonda y pecosa cara el placer ponía destellos de luna llena; los ojillos bailaban entusiastas; el espeso cabello se alborotaba rebelde bajo la manchada gorra; la miserable figura de Pepino se magnificaba gloriosa con los internos efluvios de un nirvana enloquecedor...

\*

- ¿Embolo, niño Luís? – Y ante el gesto afirmativo del preguntado, abre su querido estuche: cepillos, cajas, pedazos de limón, frascos llenos de agua- tinta ruedan por el suelo; y en cinco minutos el zapato queda brillante como un espejo.

- Vea, niño: hasta puede arreglarse la corbata, viéndose en el calzado!

Cinco centavos más, y luego otros, y otros...

Aquella *Cantina de los Moros* era un platal. En ese punto había conseguido Pepino su fortuna.

\* \*

A las siete la esquina se animaba extraordinariamente. Los fieles mantenedores de *la noche del sábado* comenzaban a officiar en el templo báquico. Los vehículos se atropellaban ante las puertas, que, derramaban luz en profusión y engullían aristocracia y más aristocracia. Los autos se renovaban sin cesar, trayendo gente que luego se llevaban entre gritos y canciones. El licor expandía su calido y bullidor espíritu por los cerebros ganosos de parranda. El alma burbujeante y errabunda del champaña prendía hogueras incontenibles en el alma humana.

Entre aquel ir y venir de juerguistas, Pepino repetía su alegre cantinela:

-¿Embolo, niño Ricardo? ¿Una limpiaíta?... Niño Luís, lléveme –gritó al ver a su cliente preferido, que salía del bar, tambaleándose un poco.

-Bueno, móntate; pero antes tienes que tomarte uno grande. Hola, cantinero: ¡Un anís doble!

Con gesto de hombre importante, se bebió Pepino el trago, y luego se arrellanó cerca del chauffeur. Los compañeros de Luís celebraron esta excentricidad, que contribuía a dar más prestigio a la parranda. Era un gusto de inglés con *Spleen*, y sabido es que en esta dichosa Villa de la Candelaria hay más ingleses-antioqueños que súbditos de la imperiosa Albión.

En *La Bastilla*, en *Chantecler* en todas las cantinas del transito, Pepino libó seguidamente la copa de la fiebre. Cuando llegó al *Moulin-Rouge*, ya su cabeza desgredada zumbaba con desenfrenado traqueteo. El placer lo acosaba famélico, y los gritos destemplados salían de su boca, como detonaciones de un volcán interior:

-¡Viva la parranda!... ¡Viva mi madre!... ¡Viva Donmatías!... Mañana... Cantinero: ¡yo también tengo plata, mucha plata!... Sírvanos un trago, que yo también puedo pagar...

(Los billetes y las monedas salían de aquellos bolsillos profundos y grasosos).

-Yo también puedo ser cachaco... ¡Sirva pa todos!...

-A estos miserables- dijo Luís a sus compañeros- no se les puede dar la mano, porque se toman el pie. ¡Mírenlo de anfitrión! ¡Tendría gracia que nos emborracháramos a costillas de un infeliz embolador!... ¡Valiente ralea ésta!...

Como banderillas de fuego recibió Pepino la feroz andanada de su cliente preferido. Su cara sucia y congestionada tuvo un gesto de mudo estupor. Una sórdida nube eclipsó rápidamente aquel rostro de luna llena. No podía creer que el *niño Luís* fuera capaz de afrontarlo tan atrozmente. Vaciló un momento entre el cariño, el respeto y el honor –que también algo de esto guardan los harapos- ; quiso contenerse, olvidar tamaña iniquidad, ahogar en el licor semejante oprobio; pero no pudo: sobre las espumas ardientes del veneno, flotaban las punzadoras palabras y chocaban contra su pecho, como se estrellan los restos de un naufragio contra el duro acantilado...

-¿Miserable yo?- prorrumpió al fin, con un grito de cachorro que siente despertar su potencia destructora. -¿Infeliz embolador yo? ¡Ojalá tuvieran un alma como la mía!... Cantinero: déles diez tragos a estos señores, pa pagarles los que ellos me dieron. No quiero beber nada a estos cachacos hi... (¡Algo muy antioqueño!)

La baraúnda que se armó con estas últimas palabras fue airada, pero corta. Los tres juerguistas y el sirviente sofocaron la indignación de Pepino y lo plantaron en la mitad de la calle, después de arrojarle cuantas bajezas inspiran el orgullo y el alcohol...

Un momento quedó indeciso el pobre limpiabotas. Masculló vanas amenazas de venganza, brotó las mil palabras vulgares que todo ignorante lleva en su pecho; y luego, tambaleándose, con los puños apretados, se deslizó como una sombra por la carretera abajo. Pasaba la crisis violenta, llegó aquel instante de supremo desmayo y de pesantez que nadie puede registrar. Parece que el licor se transforma en acero y que agobia cual una montaña sobre la cabeza. Un poco más debajo de la Capilla de Jesús Nazareno, casi en mitad de camino, se dejó caer, pues la voluntad era impotente para manejar aquel cuerpo que el licor llevaba y traía a su antojo. Se oyeron unos ronquidos sordos, y luego el infeliz Pepino se sumió en aquella fuerte modorra durante la cual se fermenta el horrible *guayabo*...

En el *Moulin Rouge* continuó la juerga durante largo rato, sin que el pasado lance turbara en nada la creciente animación de los aristocráticos ebrios. Se deshecho de algo inútil y estorboso, y el brandy se encargó de traer el olvido.

La noche, sigilosa, apenas se asomaba a las puertas de la mansión del placer. El silencio, como Pepino, se deslizó por la carretera abajo, asaeteado por los burdos gritos de los libadores...

- ¡A *Moravia* a *Moravia*! – exclamaron éstos, e inmediatamente el chofer alzó la cabeza y a duras penas logró levantarse del sofá donde la borrachera lo había postrado. Se dirigió vacilante hacia la calle y aprestó el auto. Cuando los bebedores lograron acomodarse, aquel despidió el aparato con una velocidad inusitada. Los reflectores poderosos barrían las tinieblas en beneficio del conductor; pero éste, con la cabeza inclinada sobre el freno de dirección, apenas si trataba de evitar un choque con las paredes fronterizas.

El haz de viva luz señaló un bulto oscuro, yaciente casi en mitad de la vía. Aquello no podía ser sombra, puesto que no huía ante el brillo asesino de las pupilas inquisidoras.

- ¡Fíjese, chofer!- gritó uno de los parrandistas.
- ¡No hay cuidado!- replicó el conductor.
- ¡Siga!- Tronó Luis. Se paga todo lo que se dañe... se paga hasta...

No pudo terminar la frase. Una violenta sacudida lo hizo bambolear terriblemente. Por un instante la máquina jadeó desesperada, y luego prosiguió su rápida carrera, barriendo sombras con su látigo de luz, lanzando bufidos de alerta, que más bien parecían ayes desesperados...

\* \*

La noche, impasible, ahogó entre sus pliegues un grito sordo de dolor, y –avergonzada del Hombre- acumuló sombras piadosas sobre la cabeza despedazada de Pepino, que parecía increpar a los cielos con sus ojos desorbitados...

## EL EMPLEADO PÚBLICO

*“Dejó en su pueblo el familiar alero...”*

El bello soneto de Mendía se me presenta como síntesis dolorosa del empleado público; porque también éste, como la mujer aquella, salió un día de su aldea con la bendición de los padres en el alma, con dos o tres pesos en el bolsillo y una dorada colmena de ilusiones en la cabeza. Y en la ciudad fantástica no halló trabajo para sus brazos ganosos de labor; y sin más esperanza ni mirajes, se perdió él, cómo ella; fue empleado público por recurso pasajero, por solo y único recurso después.

El destino fue para él lo que los pantanos movedizos al novicio caminante. Al principio, cuando aun tenía oídos para oír los consejos desinteresados de algún amigo, y aun había luz

en su espíritu para alumbrar las bóvedas sombrías por donde rodaría su alma, trató de salir del remanso mortal, pero nada logró; sus esfuerzos resultaron contraproducentes, y mientras que el alma luchaba por arrancar las alas del férreo enmallado, la molicie latina era como un garfio poderoso que más y más lo clavaba contra la silla de trabajo. Y al fin se dejó tragar por la ola pantanosa y asfixiante de papeles, y entre éstos quedaron para siempre sepultadas la energía y la fuerza moral de un hombre que un día pudo tener la grandeza de ser diez veces asesino o una vez santo.

Pasó por la portería y la oficialía de un juzgado, y hace tiempos es secretario del mismo. En quince años logró tales ascensos, y por ello vive tranquilo, resignado, envuelto en una capa de pasividad y estoicismo muy semejante a la dura piel de los asnos. De la secretaria no pasará seguramente. Lo de juez es asunto que él ve de tejas para arriba; y es mejor vivir aquí abajo, velando por una mujer y seis hijos que dependen de él, parasito del tronco nacional.

Al fin del mes, cuando el casero, el pulpero, el boticario, el sastre, el zapatero, toda la avalancha de *culebras* cae como bandada de águilas hambrientas sobre la mísera presa de su sueldo, sólo Dios sabe cuál es la magnitud de las tempestades que se levantan en el alma del empleado, allá muy abajo, donde las lágrimas ocultas se quiebran contra el rompeolas de la escasez y la miseria. Haciendo de tripas corazón, vende lo que devengará en uno de los meses siguientes; prorratea sus deudas, deja en manos del agiotista buena parte de su remuneración, aguanta malas caras y alusiones ofensivas en los días posteriores, y viviendo de lo que aun no ha devengado, se dispone a sufrir otros treinta días de tormento.

Como es amigo de litigantes y abogados, jamás perdona la copita antes del almuerzo y de comida. A veces, en los días de pago se excede un poco; y el coche y alguna visita ocasional son brechas enormes en el presupuesto. En las cantinas quedan muchas ocasiones los zapaticos de Lili, la graciosa colegiala, o los cuadernos y la Historia Patria de Roberto, el escolar de doce años.

En alguna, ocasión durante las *alzas*, recuerda sus tiempos idos, cuando era soltero y no tenía que pensar en pago de casa ni en sostenimiento de mujer e hijos; recorre el cementerio de sus alegrías y dulces mocedades, de los cadáveres de tan risueñas como lejanas horas son aguja dolorosa que punza el último resto de sentimentalismo que aun no le ha robado la vida. Y alguna lágrima quemante resbala por sus mejillas, como deben rodar las lágrimas de plomo por la faz de los eternos condenados.

Cuando entró en la oficina fue un modelo de laboriosidad; el primero que llegaba y el último que salía. Luego, viendo el poco interés y estímulo que su asiduidad le merecía, fue aperezándose, y un día no fue por la mañana y al otro no volvió por la tarde. Y todo pasó bien, y su vida siguió monótona, con intervalos de sufrimientos semanales, metido en la horrible pesadilla del escaso sueldo.

Por un tiempo fue su jefe uno de esos espíritus formados para ser Celestinas del error y la intransigencia; y el pobre empleado, ante la visión macabra de la cesantía, fue dúctil como la cera y se tornó eunuco para el bien decir y el mejor obrar, y probó con sobra de razón que en las batallas del corazón y la cabeza con el estomago, éste es el vencedor.

El empleado público es eje y centro de un eterno círculo de expedientes, que entran llenos de gérmenes de miseria y corrupción y salen llevándose pedazos de su alma y de su cuerpo. En el continuo ajeteo con empolvados archivos y repugnantes escritos, encadenado a la imbecilidad de la rutina, se tornó imbécil e incapaz para todo oficio, menos para defender a dentelladas su puesto, cuando husmea a alguien que quiere suplantarle.

Su figura desmedrada, su andar lento, su ropa envejecida y manchada, y su voz sorda y vacilante, son heraldos fieles de una procesión interior que marcha llevando como abanderado a la pálida y neurótica tisis, y que va pregonado cómo la rutina y el desánimo robaron la llama enantes vivida de los ojos, exprimieron la sabia del corazón y apagaron la luz del cerebro: la casa del espíritu quedó vacía y oscura, y viendo esa caparazón temblorosa clavada sobre un código, tratando de desenredar la maraña de las leyes objetivas, se parece a las ostras que perduran agarradas a los estériles cantiles, y que solo abren de vez en cuando sus valvas empobrecidas.

Los desequilibrios del presupuesto diario los arregla el bolsillo ajeno: con un *sablazo* hoy y otro mañana, va eslabonando el empleado una cadena de pequeñas deudas, a la vez que va desanillando la reducida cadena de sus pocos amigos.

Una noche se siente mal, amanece peor y por la tarde muere dejando perplejo al médico. Como él han muerto sus colegas de miseria. Un milagro de equilibrio ha sostenido esas vidas minadas há mucho tiempo por secretas enfermedades; pero repentinamente, como los agrietados paredones, se desploman del todo en el vacío, dejando el fantasma del hambre en el hogar y la rabia en el corazón de cien acreedores.

Apenas se sabe que enfermó, vuelan los aspirantes a casa del jefe de la oficina. Y allí, donde tantas columnas vertebrales han aprendido la curva del abajamiento, hay súplicas y ruegos, recuerdos de acciones lejanas y rebusca de imaginarios vínculos de familia. Y el alma del peticionario se extiende por el suelo como la piel atigrada que un día fue terror de la selva majestuosa, y hoy sólo es sustentáculo de las babuchas del señor juez.

La promesa del empleo sale al fin, rendida por aquel asedio de palabras húmedas de emoción, y el agraciado se despide tembloroso de placer y toma el camino de su casa como llevado en alas de mil pájaros trinadores.

A la mañana siguiente, el uno va hacia el cementerio de San Lorenzo y el otro hacia el Palacio de Justicia.

Y provoca gritarles, con el cura *Requiescant in pace!*...

## HIJOS DEL DOLOR

¡Cómo iba a silbar y a gritar sino tenía aliento para ello; si a duras penas lograba sostener la caja y poner en movimiento su liviana figura, ese cuerpo hecho de goma, enseñado a trepar por los postes, a agarrarse de un auto en carrera, y a esquivar las embestidas de los coches en la Cantina de los Moras! ¡Con qué fuerzas iba a pegar el brinco para desgajar el colchón de avisos que abrumaban el tablero! Para esto se necesitaba un alma íntegra y retozona como había sido la suya; y ahora, cuando más, tendría algún pingajo muerto, un pedacito de alma triste; porque la chillona y saltarina se había quedado allá arriba, en el cementerio de San Lorenzo, acurrucada en la cajita blanca donde yacía *Chichí*

No quiso arrimar a la esquina de La Bastilla. En uno de los bancos de La Playa se sentó cabizbajo, pensativo, mirando a intervalos el continuo ir y venir de la gente, como con otros ojos, con unos ojos bobos y fríos que no eran los suyos. La procesión iba por dentro y *Lolo*, seguía con ella, mientras la vida desfilaba por sus pupilas quietas, como las nubes por el cristal de un lago muerto.

En su pecho se agitaba la bestia rebelde de la protesta por el mal que se le había venido encima. No podía convenir con que Chichí, el hermanito y compañero de trabajos y de

rapacerías, se hubiera largado del mundo, así como tan de mentiras. ¡Si antier estaba bueno y sano, corriendo con él por todas partes, tirando la gorra en alto, gritando ¿embolo? en todas las puertas, y acompañando con atronador silbido aquella marcha de Carmen que rebotaba en la calle como racimo de cascabeles enloquecidos! Y, sin embargo, la realidad era bien clara y aplastante: Chichí había muerto; Chichí estaba en el cementerio; Chichí no volvería a silbar, ni a correr, ni a *poner sebo*, ni a nada; Chichí se había ido y lo había dejado solo, completamente solo...

Quien sabe que bárbara enfermedad mordió tan fieramente al pobrecito limpiabotas; porque en dos días lo puso tan pálido que alumbraba, tan consumido que se perdía en la diminuta cama y tan débil que ni con los parpados podía. Ni para morir se tuvo alientos: se fue quedando frío, cadavérico; se marchó silencioso, sin pedir cosa alguna, sin moverse siquiera, como si no se fuera a morir, como si su alma hubiera sido de seda, de humo, de nada.

Un tío suyo consiguió la cajita, y en ella acomodaron al pequeñín bien limpio y arreglado, vestido con el trajecito blanco que suministraron las caritativas vecinas.

Lolo creyó morir también cuando lo vio en la sala, cuando oyó los gritos de su madre, cuando lo llamó desesperado y lo acarició en vano, cuando llegó el tío y se llevó el cajoncito para la iglesia de Boston. Detrás saltó él, encogido, tembloroso, sintiendo unas tenazas que le agarraban la garganta y unas púas que se clavaban allá dentro, en algún punto por él ignorado y ni siquiera sospechado, que ahora se revelaba grande y doloroso.

En la iglesia, el cura leyó algo en un libro, echó agua bendita sobre la caja y luego se retiró. Dos o tres curiosos miraron salir el pequeño cortejo, sin que ninguno llorara ni se pusiera triste, lo cual aumentaba el pesar del infeliz sobreviviente. Ese dolor tan grande y tan palpable debía ser contagioso, debía regarse y alcanzar a cuantos le rodearan. ¿Por qué, pues, no lloraban los que pasaban a su lado?

Y ahora se admiraba de encontrarse en aquel banco, como si no acabara de ver el hoyo en que cayó Chichí, como si no supiera que jamás volvería a salir con éste. Francamente era muy guapo él que no se había muerto también, que había sido capaz de aguantar todo sin perder el sentido, que había bajado desde La Ladera arrastrado quizá por la costumbre, por la miseria, por la soledad en que quedaba.

Pero lo que si no podía soportar era ese remolino atronador que lo desesperaba interiormente. El chisporroteo de las dos velas de la salita, los latines del cura, el chasquido de aquellas gotas

que mancharon la cinta rosada y sobre todo esos terrones infames que cayeron con tanta gana sobre el pobre hermanito; todo ello formaba en su cuerpo terrible colmena zumbadora, y todo junto le hacía un taco en la garganta que casi no lo dejaba respirar. Era intolerable tanto fastidio y tanto dolor contenido. Se iría para la casa a llorar parejo con su madre, a darse contra las paredes, a caerse muerto.

Se levantó jadeante, colgó la caja del hombro y salió Playa arriba. Pero a poco oyó que alguien solicitaba un limpiabotas, y automáticamente se dirigió al banco vecino donde se hallaba uno de tantos tipos con el pantalón remangando, mostrando la media de seda que salía de la zapatilla café.

El pobre Lolo abrió su caja, sacó los cepillos y las glicerolas y comenzó la humilde faena. Untaba por aquí, cepillaba por allí, mientras su alma atormentada saltaba de la casa a la iglesia y de ésta al cementerio. Había instantes en que el cepillo se aquietaba para que el frotamiento no impidiera oír aquellos ruidos sordos con que los terrones caían sobre la caja de Chichí. Era una especie de sadismo espiritual del que no lograba desasirse el atribulado y con el cual refrescaba un poco el hurente correr de su sangre.

En uno de estos momentos de dolorosa concentración, el elegante revisa la labor, mira con mayor detenimiento, y a la vez que truena en su verdadero lenguaje: - ¡cochino! ¿No ves que te estás tirando el calzado con esa glicerola negra?- descarga la punta de la bota sobre la cara del infeliz atolondrado, y se levanta rápido en busca de alguien que enderece el entuerto.

Lolo nada pudo decir; su cabeza cayó desgonzada sobre los instrumentos de labor, cual si el mundo de plomo gravitara sobre ella. Así permaneció largo rato, anonadado por la garra inmisericorde de su destino.

Cuando al fin pudo enderezarse, vio que aún la tierra sorbía glotonamente lágrimas y sangre.

José Restrepo Jaramillo.

### **Bibliografía**

Adorno, Theodor W. *Teoría estética*. Barcelona, Ediciones Orbis, S.A, 1983.

Archila Neira, Mauricio. “*La organización de la clase obrera en Medellín, 1900-1930*”. En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Avendaño Vásquez, Claudia. “Desarrollo urbano en Medellín, 1900-1950”. En: *Historia de Medellín, Tomo I*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Benjamin, Walter. *Imaginación y sociedad: Iluminaciones I*. España, Taurus, 1998.

-, *Poesía y capitalismo: Iluminaciones II*. España, Taurus, 1998.

-, *Ensayos escogidos*. México, Ediciones Coyoacán, 2001.

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. 5ª. Ed. Bogotá, Siglo XXI, 1991.

Bernard Nicholls, Alberto. *Apuntaciones sobre los orígenes de Medellín*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1976.

Bloch, Ernst. “El Gran tedio de la pequeña ciudad”. En: *Revista ECO*, Bogotá, Volumen 16, N° 94, 1968.

-, “Extrañamiento y alienación”. En: *Revista ECO*, Bogotá, N° 146, 1972.

-, “La frialdad de la técnica”. En: *Técnica y cultura: el debate entre Bismark y Weimar*. Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2002.

Botero Gómez, Fabio. *Cien años de la vida de Medellín 1890-1990*. Medellín, Concejo de Medellín, 1994.

-, *La ciudad colombiana*. Medellín, Colección Autores Antioqueños, Edinalco Ltda, 1991.

-, “Vida cotidiana y cultural urbana, 1930-1950”. En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Botero Herrera, Fernando. *Medellín 1890-1950: Historia urbana y juego de intereses*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1996.

-, “Regulación urbana y juego de intereses privados, 1890-1950”. En: *Historia de Medellín, Tomo I*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Bravo Betancur, José María. *Medellín, análisis sobre su proceso Histórico y desarrollo urbanístico*. Medellín, Concejo de Medellín, 1991.

Carrasquilla, Tomás. *Ligia Cruz y El Zarco*. Medellín, Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 1995.

De Paz, Alfredo. *La crítica social del arte*. Barcelona, Editorial Gustavo Pili, S.A. 1979.

Di Girolamo, Costanzo. *Teoría crítica de la literatura*. Barcelona, Crítica, 2001.

Escarpit, Robert. *Sociología de la literatura*. Barcelona, Oikos-tau, S.A. 1971.

Escobar Calle, Miguel. “Crónicas sobre los panidas”. En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Escobar, Jorge Manuel. “*José Restrepo Jaramillo o el cansancio*”

Estrada, Julián. “*Evolución y cambio de los hábitos alimenticios en Medellín durante el siglo XX*”. En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Farnsworth Alvear, Ann. “*Las relaciones cotidianas en el trabajo industrial, 1910-1935*”. En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Frisby, David. *Fragmentos de la modernidad: Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Madrid, Gráficas, Editorial Visor, 1992.

Gómez García, Juan Guillermo. *Cultura intelectual de resistencia en Medellín en los años setenta*. Medellín, Colciencias-UdeA Codi, 2003.

-, “*Literatura y sociedad: otro juicio sobre Tomás Carrasquilla, Fernando González y Sanín Echeverri. Ensayo sobre el proceso de masificación de Medellín*” En: Boletín de Antropología N° 36, Medellín, 2005.

Henriquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

Jaramillo Vélez, Rubén. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá, Argumentos, 1998.

Latorre Mendoza, Luis. *Historia e historias de Medellín, siglos XVII-XVIII-XIX*. Medellín, Biblioteca de autores antioqueños, Volumen 1, 1972.

Lida, Raimundo. *Letras hispánicas: estudios esquemas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Liernur, Jorge Francisco. “*Acerca de la actualidad del concepto simmeliano de metrópolis*”. En: Revista del colegio de México: Estudios sociológicos XXI, Volumen 61, 2003.

Wirth, Louis. “*El urbanismo como modo de vida*”. En: Revista de Estudios Sociales numero 10, Octubre 2001, Pág. 110-115.

Löwenthal, Leo. “*Tareas de la sociología de la literatura (1948)*”. En: Revista Utopía S. XXI, Volumen 1, N° 03, 1998.

Mayor Mora, Alberto. “*Los artesanos de Medellín en el siglo XIX*”. En: *Historia de Medellín, Tomo I*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Mejía Arango, Juan Luís. *El comercio en Medellín, 1900-1930. Fotografías: Benjamín de la Calle*. Medellín. Fenalco Antioquia. 1982.

Melo, Jorge Orlando. “*Algunas consideraciones sobre “modernidad” y “modernización” en el caso colombiano*”. En: Revista Análisis político, N° 10, 1990.

Morales Benítez, Otto. *Creación y crítica literaria en Colombia*. En: *Obras TOMO III*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2000.

Morales Henao, Jairo. *José Restrepo Jaramillo: un devenir estético contra la retórica*. Medellín, Concejo de Medellín, 1990.

-, *José Restrepo Jaramillo: Centenario 1896-1996. Exposición documental y bibliográfica*. Medellín. Biblioteca pública Piloto. 1997.

Naranjo Mesa, Jorge Alberto. "El relato y la poesía en Medellín, 1858-1930". En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Ochoa, Lisandro. *Cosas viejas de la villa de la candelaria*. Medellín, Escuela tipográfica Salesiana, 1948.

Ortiz Arango, Rafael. *Estampas de Medellín antiguo*. Medellín, Fabrica de Licores de Antioquia, 1983.

Pérez Sastre, Paloma. *Antología de escritoras antioqueñas 1919-1950*. En: *Colección Autores Antioqueños*, Medellín, Volumen 130, 2000.

Poveda Ramos, Gabriel. "Industrialización y economía, 1890-1950". En: *Historia de Medellín, Tomo I*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.

Restrepo Jaramillo, José. *Ventarrón*. Medellín, Colección de Autores Antioqueños.

-, *Pepino*. En: Revista quincenal de letras Caminos, Barranquilla, Colombia 1 de Abril 1922. Numero 5, editorial Mogollón, pág. 144-147.

-, *El empleado público*. En: Revista SABADO, 9 de Septiembre de 1922. Número 62 pág. 749-750

-, *Hijos del dolor*. En: Revista SABADO. Medellín, 1922. pág. 799-800

Reyes Cárdenas, Catalina. *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín 1890-1930*. Colombia, Colcultura, 1996.

Rojas, Manuel Bernardo. "Cultura popular, músicos y bohemios". En: *Historia de Medellín, Tomo II*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.

Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999.

Sanín Cano, Baldomero. *Letras colombianas*. En: *Colección Autores Antioqueños*, Medellín, Volumen 1, 1984.

Simmel, Georg. *El individuo y la libertad*. Barcelona, Ediciones Península, 1986.

-, "El problema del estilo". En: Revista Reis 84/98 pp. 319-326

-, "la trascendencia de la vida". En: Revista Reis 89/00, pp. 297-313, 2000.

-, "El conflicto de la cultura moderna". En: Revista Reis 89/00, pp., 315-330, 2000.

- , *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires, ESPASA-CALPE, 1939.
  - , *Goethe*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1949.
  - , *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona, Gedisa, 2002.
  - , *Sobre la aventura: Ensayos sobre estética*. Barcelona, Ediciones Península, 2002.
- Steiner, George. “*El género pitagórico*”. En: *Revista ECO*, Bogotá, Volumen 16, N° 94, 1968.
- Todorov, Tzvetan. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Barcelona, ediciones Signos, 1970.
- Uribe, María Teresa. “*Estructura social de Medellín en la segunda mitad del siglo XIX*”. En: *Historia de Medellín, Tomo I*. Bogotá, Suramericana de Seguros, 1996.
- Uribe Celis, Carlos. *Los años veinte en Colombia*. Ediciones Aurora, 1985.
- Uribe Ferrer, René. *Antioquia en la literatura y en el folclor*. Medellín, Biblioteca Pro Antioquia, 1979.
- Vernik, Esteban. “*Ideales simmelianos*”. En: *Revista del colegio de México: Estudios sociológicos XXI*, Volumen 61, 2003.